

LA FIEBRE AMARILLA

Home/Portal

A José María Peón

Registrando un cuaderno pomposamente intitulado Album de viaje, y que yacía entre ese polvo simpático que el tiempo aglomera en una caja de papeles largo tiempo olvidados, me encontré lo que verán mis amables lectoras.

*

Veníamos en la diligencia de Veracruz, un joven alemán, Wilhelm S., de cabellos de oro gris, ojos azules, grandes y sin expresión, y yo. No bien habíamos encumbrado el Chiquihuite cuando se desató la tormenta. El carruaje se detuvo para no exponerse a los peligros del descenso por aquellas pendientes convertidas en ríos. Asomé la cabeza por la portezuela, levantando la pesada cortinilla de cuero que el viento azotaba contra el marco; parecía de noche. Sobre nosotros la tempestad con sus mil alas negras folpeaba el espacio; sus gritos eléctricos rodaban por las cuestas hasta el mar, y el rayo, abriendo como espada fulmínea el seno de las nubes, nos mostraba las lívidas entrañas de la borrasca.

Estábamos, literalmente, en el centro de una cascada que, despeñándose de las nubes, rebotaba en la cumbre de la montaña y corría por las pendientes con un furor torrencial.

-Estoy sudando a mares- me decía un francés mi compañero de viaje- y tengo un horno en el vientre.

-Duerma usted- le contesté – así se le pasará todo.

Y uniendo al consejo el ejemplo me arrebujé en mi capa y cerré los ojos.

Dos horas después la tempestad había pasado, huyendo hacia el oeste por entre la verde serranía. Eran las cinco de la tarde y el sol marchaba por el camino en que se perdían los últimos jirones de las nubes. Penetraba la luz por entre aquella vegetación exuberante, tiñéndolo todo con una maravillosa multiplicidad de tintas que se fundían en un tono cálido de oro y esmeralda. Por oriente un tapiz infinito de verdura bajaba plegándose en todas las quiebras y dobleces de la serranía, manchado aquí y allí con el tierno y brillante verdor de los platanos, y ondulando por aquella gradería de titanes, hasta convertirse en azul por la distancia y bañar su ancho fleco de arena en la costa de Veracruz. El camino que habíamos seguido al subir la cuesta, serpeaba por entre árboles, que apenas destacaban sus copas entre la tupida cortina de las lianas, pasaba sobre altísimo puente, bajaba en curvas abiertas a una pequeña población de madera e iba, abajo, por entre espesos y bullentes matorrales a confundirse con el fragmento de vía férrea que, del pie de la montaña, lleva al puerto.

En el fondo del cuadro, allí donde se adivinaba el mar se levantaban soberbios grupos de nubes, sobre cuyo gris azulado se destacaban negros e inmóviles los *stratus*, que parecían una bandada de pájaros marinos abriendo al viento, que tardaba en soplar, sus larguísimas alas.

Dormía el alemán como una persona muy fatigada y de su pecho jadeante salían sollozos opacos; parecía presa de intenso malestar; una sospecha cruzó por mi mente: ¡Si tendrá... !

Las ramas de un árbol cercano se introducían por una ventanilla de la diligencia que esperaba inmóvil que los torrents disminuyeran un poco su ímpetu. Sobre una hoja amarillenta temblaba una gota de agua, lágrima postrera de la tormenta; yo, preocupado por el funesto temor que me infundía el estado de mi compañero, me puse a mirar atentamente aquella perla de cristal líquido. He aquí lo que vi:

Era la gota de agua del Golfo de México, bordado por la curva inmensa de sus calientes costas y entrecerrado al oriente por esos dos muelles bajos y cuajados de flores y de palmas, la Florida y Yucatán, entre los que parece emprender el vuelo la larguísima banda de aves acuáticas de las Antillas, guiada por la garza real, la espléndida Cuba, la esclava servida por esclavos.

En medio del Golfo, rodeada por amarilla corona que doraba al mar en torno, como un enorme girasol que se abría a flor de agua, se levantaba un islote de impuro color de oro, en donde depositaban las corrientes sus algas semejantes a las bandillas con que envolvían a sus momias los egipcios. Sobre aquel peñón el sol brilla con un tono cobrizo, la luna para fugaz, velada por lívidos vapores, y en los días de tempestad las procelarias describen un amplísimo círculo en torno suyo lanzando graznidos pavorosos. Una voz infinitamente triste, como la voz del mar, sonaba en aquella isla perdida:

-Oye- me dijo- el mismo año que los hijos del Sol llegaron a las islas vivía en Cuba una mujer de trece años a quien llamaban Starei (estrella). Era muy bella; negros eran sus ojos y embriagadoramente dulces como los de los aztecas; su cutis terso y dorado como el de las que se bañan en el Meschacebé; celestial su voz como la del *shkok* que canta sus serenatas en los zapotales de Mayapán, y sus dos piecitos combados y finos como los de las princesas antillanas que pasan su vida mecidas en hamacas que parecen tejidas por las hadas. Cuando Starei apareció una mañana en la playa, sentada sobre la concha de carey rubio de una tortuga marina, parecía una perla viva y todos la adoraron como una hija de Dios, de Dimivancaracol. Mas el profeta de la tribu oró toda la noche junto al fuego sagrado en que ardían las hojas inebriantes del tabaco y oyó la voz divina que resonaba dentro del corazón del gran fetiche de piedra que le decía:

-“No la matéis, guardadla y amparadla; es la hija del Golfo y el Golfo fue su cuna; haga Dios que vuelva a ella.

“Starei cumplió trece años y los ancianos y los jóvenes, los profetas y los guerreros, los caciques y los esclavos, abandonaban pueblos, templos y hogares para correr en pos de ella por las orillas del mar. Todos estaban locos de amor, pero si alguno se acercaba a ella, el Golfo surgía sordamente y el pájaro de las tempestades cruzaba el espacio.

“Starei cantaba como el zenzontli mexicano y su canto acariciaba como el terral que besa las palmeras en las tardes calientes, y reía de todo abriendo su boca roja como las alas del ipiri y su seno levantaba y dejaba caer en dobles pliegues provocadores la finísima tela de algodón blanco que lo cubría. Los hombres, al escucharla, lloraban de rodillas, y las mujeres lloraban también viendo sus casas de palma vacías y las cunas de junco inmóviles y heladas hacía mucho tiempo.

“Una noche de tempestad, la divina Starei regresó al pueblo, después de una de sus correrías por la orilla del mar en que pasaba horas enteras contemplando las olas como

si esperase algo; los que la seguían decidieron hacer alto y enterrar a sus muertos: a los ancianos que habían muerto de cansancio en pos de la hija del Golfo, a los jóvenes que se habían arrancado el corazón a sus pies, a las madres que habían muerto de dolor, a las esposas que habían sucumbido desesperadas.

“Era una noche de tempestad; reinaba con furia jamás vista Hurakán, el dios de las Antillas. Los sacerdotes hablaban de un nuevo diluvio y de la calabaza alegórica en donde estaban los océanos y los monstruos del agua y que se había roto un día e inundado la tierra, y se encaramaban azorados a la cima de sus cuevas y se refugiaban en la sombra de sus dioses de piedra, que temblaban sobre sus bases. Los habitantes de la isla, transidos de pavor, olvidaron a Starei. Toda la noche pasó en oración y en sacrificios; mas al despuntar la aurora corrieron delirantes a donde el canto de la virgen los llamaba.

“Starei estaba en la playa sentada sobre un tronco de palma de los millares que el viento había arrancado y regado por la arena; sobre sus rodillas descansaba la cabeza de un hombre blanco que parecía un cadáver. La hermosura de aquel rostro era dulce y varonil a la vez, y la barba apenas naciente indicaba la corta edad del joven que Starei devoraba con los ojos arrasados en lágrimas.

-“Quien lo salve – exclamaba – será mi compañero, será el esposo de toda mi vida.

-“Está muerto – dijo con voz profunda un viejo sacerdote.

-“Está vivo – gritó un hombre abriéndose paso entre la multitud.

“Los indios se apartaron sobresaltados; jamás habían visto tan extraño personaje entre ellos. Era alto y fuerte; sus cabellos del color del vellón del maíz, se levantaban rígidos sobre su frente ancha y bronceada y, dividiéndose en dos porciones, caían espesos y lacios en derredor de su cuello atlético; sus cejas eran dos delgadas líneas rojas que se juntaban en el arranque de su nariz aguileña; su boca del color violáceo del palo de Campeche levantaba hacia arriba los extremos de su arco sensual e irónico. El óvalo de su rostro, no deformado ni por el vello más sutil, no llamaba tanto la atención como sus ojos del color de dos monedas de oro finísimo, engastadas en sendos círculos negros. Estaba desnudo y espléndidamente tatuado con dibujos rojos; de la argolla de oro que rodeaba su cintura pendía una tela bordada maravillosamente de plumas de huitzili, el colibrí de Anáhuac.

“Aquel hombre, que algunos creían venido de Haití, se acercó al que en apariencia era un cadáver, sin hacer caso de la Mirada profunda y preñada de cólera de Starei. Puso una mano en aquella frente glacial y al llevar la otra al corazón del blanco, la retiró con un movimiento brusco como si hubiese tocado una brasa; desgarró rápidamente la camisa tosca de lino, empapado aún, que cubría el pecho del joven y se apoderó de un objeto que llevaba pendiente del cuello. Starei se lo arrebató. ¿Era un talismán? Cuando aquel hombre singular ya no tuvo bajo su mano aquello, que le era sin duda un obstáculo, la colocó sobre el corazón sin latidos del naufrago y dijo la niña:

-“Bésale la boca.

“Y apenas había sido obedecido aquel mandato cuando el presunto muerto se incorporó y tomando el pedazo de Madera que Starei conservaba en la mano, se arrodilló pegando a él sus labios y bañándole con sus lágrimas. Era una cruz.

-“Adiós, Starei- dijo el de los ojos de oro- allí está entre los cocoteros la cabaña de Zekom (quiere decir *fiebre* este nombre); allí está nuestro lecho nupcial; te aguardo, porque lo has prometido.

“Y se alejó y se perdió entre las palmas.

“La hija del Golfo no pudo reprimir un grito de rabia al escuchar las palabras del hijo del Calor; se acercó al cristiano, rodeóle el cuello con los brazos y le cubrió de besos la boca y los ojos.

-“No, no dejadme por favor ¡oh! Adoradora de Luzbel- clamaba el joven pugnando por desasirse de la hermosa. Starei lo tomó de la mano, lo condujo a su cabaña y le dijo con expresiva pantomima:

-“Aquí viviremos los dos.

“Entonces su compañero respondió en el idioma de los de Haití, que en Cuba era perfectamente comprendido:

-“No puedo ser tu esposo; sere tu hermano.

-“¿Por qué no? ¿Quién eres?

-“Soy de muy lejos, de mucho más allá del mar, vengo de Castilla. Otros muchos y yo llegamos hace algunos meses a Haití y sabiendo que esta región de tu isla no había sido visitada por cristianos, quisimos descubrirla y naufragamos en la espantosa tormenta de anoche; y ya iba yo a perecer al arribar a la playa, cuando me asió tu mano entre las olas y me salvaste.

-“¿Y por qué no quieres ser mi esposo?

-“Porque soy un sacerdote y mi Dios, que es el único Dios, ordena a sus sacerdotes que no se casen; nos ordena a sus sacerdotes que no se casen; nos ordena predicar el amor y vengo a predicarlo aquí, pero o el amor del mundo – añadió suspirando el español.

-“Eso no puede ser, eso no es cierto- repuso con impetus la isleña; quédate conmigo en la cabaña y seremos los reyes de la isla y nuestros hijos serán los dueños de todos.

-“Seré tu hermano- respondió el misionero.

“Y la India enamorada se alejó llorando. En la mitad de su camino se encontró a Zekom, que fijaba sobre ella su terrible mirada amarilla.

-“¿Vienes a mi cabaña, Starei? – la preguntó.

-“Jamás – contestó ella, altanera y bravía.

-“Seremos los reyes de todas las islas y de los mares y nuestros hijos serán dioses sobre la tierra, porque hijos de dioses somos; a ti te engendró el Golfo en una concha perlera; a mí el Trópico ardiente en un arrecife de oro y coral.

“Starei detuvo el paso; estaba en la cima de una roca desde donde se dominaba la costa.

-“Mira – prosiguió Zekom – así será nuestro reino.

“Y ante los ojos fascinados de la hija del Golfo, se presentó un panorama sorprendente. En medio de una llanura de esmeralda levantaba su cu o teocali su altísima pirámide de oro, que reflejaba su luz en torno hasta el lejano horizonte. En derredor de aquella llanura fulgurante estaban prosternados innumerables pueblos con el miedo retratado en la frente. Genios revestidos de maravillosos ropajes disparaban sobre aquellas naciones infinitas flechas de llama, cuyo contacto daba la muerte. Y en la cima del cu, como sobre un pedestal espléndido, estaba ella de pie, más bella que el sol de primavera. La hija del Golfo permaneció largo rato extática y muda.

-“Anda, Starei – murmuró Zekom en su oído – mañana te espero en mi cabaña.

“Starei se fue pensando, soñando. Al despuntar el nuevo día vio al español oculto en el bosque, arrodillado y con los ojos fijos en el cielo; al verlo sintió la India renacer toda su pasión; arrojóse sobre él de nuevo y , aprisionándolo entre sus brazos, repetía:

-“Amame, ámame, hombre de la tierra fría. Adoraré a tu Dios, que no puede maldecirnos porque cumplimos con su ley, porque es la ley de la vida. Ven a mi cabaña nupcial, sere tu esclava, oraremos juntos y sere humilde y cobarde como tú; pero ámame como yo te amo.

-“Seré tu hermano – respondió pálido de emoción el misionero.

-“Maldito seas – dijo Starei y huyó.

“El sacerdote hizo un movimiento para seguirla, pero se contuvo lanzando al cielo una mirada sublime de resignación y de dolor.

“Toda la noche tornó a rugir el Golfo de una manera espantosa. Al rayar el día, Zekom y Starei salieron a la cabaña nupcial, pero al recibir la niña el primer rayo de sol en sus lánguidos ojos, perdieron su negrura luminosa como la de la noche y se tornaron amarillos, del color de oro que tenían los ojos de su amante. Este arrojó una piedra al mar y en el acto apareció en el occidente una piragua negra, que se acercó a la orilla impulsada por el Huracán que inflaba sus velas color de sangre.

-“Ven a ser reina – dijo Zekom a la hija del Golfo, y entraron en la lancha que instantáneamente ganó el horizonte.

“Entonces el misionero apareció en la playa gritando:

-“Ven, Starei, hermana mía, ven, yo te amo.

“La silueta del bajel, como un ala negra, se perdió en la línea imperceptible en que el mar se una al cielo. Starei se había desposado con el Diablo.”

*

Y la voz que resonaba triste y melancólica en la roca, continuó:

“Este es el centro del imperio de Starei, desde aquí irradia su eterna venganza contra los blancos. Murió el misionero, poco tiempo después, de una enfermedad extraña y su helado cadaver se puso horriblemente Amarillo como si sobre él se reflejaran los ojos de oro impuro de Zekom. Desde entonces, todos los años Starei lo llora, sin consuelo, y sus lágrimas caldeadas por el calor del trópico se evaporan y envenenan la atmósfera del Golfo, y ¡ay de los hijos de las tierras frías!”

*

La gota de agua rodó al suelo; la diligencia se puso en camino y yo volví la vista a mi amigo. Estaba inconocible; una lividez amarillenta había invadido su piel y sus ojos parecían saltar de sus órbitas.

-Me muero, me muero, madre mía – decía el pobre muchacho.

Yo no sabía qué hacer; lo estrechaba en mis brazos procurando debilitar sus sufrimientos dándole ánimo. Llegamos a Córdoba. El pobre febricitante decía:

-Miradla, la amarilla ...

-¿Quién – le pregunté – es Starei?

-Sí, ella es – me contestó.

Preciso me fue abandonarlo. Al llegar a México leí este párrafo en un periódico de Veracruz:

“El joven alemán Wilhelm S., de la Casa Watermayer y Cía., que salió de esta ciudad bueno en apariencia, ha muerto en Córdoba de la fiebre amarilla. R.I.P”